

EDITORIAL

MUSICA DE LA TIERRA DE NADIE

HACE exactamente un año que, como editorial de esta revista, publicamos un artículo titulado «El Fanatismo Político y los Conciertos», destinado a precisar nuestros puntos de vista frente a una extraordinaria campaña de índole político-musical, en la cual algunos articulistas censuraban el hecho de que en Chile se ejecutara música rusa, sinónimo para ellos de comunismo y contenedora, en forma implícita, de mensajes o sugerencias de índole marxista. En nuestro editorial, escrito con bastante calor y animado por el fastidio que tan peregrinas interpretaciones de la música producen en el ánimo de la gente culta, sostenía lo que parece evidente: y es que la música sinfónica, la música pura de la cual se trataba, no puede ser asimilada ni entendida como mensajera de contenidos extramusicales y que, por lo tanto, la música rusa, anterior o posterior al establecimiento del comunismo, no puede ser eliminada de los programas en donde la representan sus grandes compositores, sin cometerse en ello una falta de criterio o simplemente un acto de incultura e ignorancia.

Pero, el mundo que vivimos, lleno de locuras y de posiciones fanáticas en todo sentido, nos preparaba hechos que habrán dejado atónitos a los que en el año 1947 señalaban, por ejemplo, a Prokofieff como propagandista soviético: las mismas obras de este compositor, imbuídas según algunos de marxismo, han sido declaradas como «resurrección de la ideología burguesa dominada por la influencia de la música moderna y decadente de la Europa Occidental y de Estados Unidos». Toda esta música, que hace pocos meses apareciera entre nosotros teñida de rojo, para las declaraciones del Comité Central del Partido Comunista Ruso, sigue «una tendencia formalista contraria al pueblo...» Es decir, que las composiciones de los grandes músicos contemporáneos rusos, sin excluir a Prokofieff, Schostakovich, Khachaturian, Schebalin, etc. están

desde ahora en adelante colocadas en la tierra de nadie y proscritas por los unos y por los otros.

Estas condenaciones político-estéticas, nos vienen a confirmar cuanto dijimos acerca del peligro que se cierne sobre el arte actual, cuando su apreciación cae en manos de individuos, de grupos u organismos cuyo estado de obsesión les provoca verdaderas barreras mentales y tremendas equivocaciones.

Debemos insistir. La música, si bien refleja el estado de la cultura, el fluir de las ideas, las inquietudes y las preferencias de una época y de un estado social determinado, no por su condicionamiento a los factores históricos está encadenada en forma que represente, casi de una manera material, las condiciones de vida, el pensamiento religioso o político, como puede hacerlo, por ejemplo, la literatura. Esta posición bien clara de la música, la analizamos el año último y dejamos establecido que, distinguiendo lo que se llama música pura de lo que es el arte mixto, hay que reconocer la inhabilidad del primero para sugerir o expresar otra cosa que no sea la belleza musical en sí misma, a la vez que la posibilidad que el segundo tiene, para adaptar la expresión musical en torno a sugerencias, argumentos o textos que pueden relacionarse con ideas y contenidos históricos, filosóficos o poéticos, que a su vez dependan o se relacionen con ideologías políticas. En esto el Soviet ha sido perfectamente lógico, ya que desde su punto de vista el arte, como todas las demás cosas, entre ellas, hasta la filosofía, debe ser un arma de combate y un instrumento de propaganda y de lucha, un inmenso affiche, un cartelón que lo invade todo y que tiene por fin exclusivo el servir al establecimiento de la dictadura del proletariado en el mundo. Por eso el Comité Central de Moscú ha condenado a los compositores que se sirven de las «intrincadas estructuras de las formas sinfónicas instrumentales para descuidar la ópera, la música coral y las canciones folklóricas»; es decir, los compositores soviéticos deben volver las espaldas a la música pura y, a través de la composición con textos que permitan dar a la música una «dirección realista, fundamentada en la utilización de la herencia del pueblo ruso», deben hacerse accesibles a los fines proselitistas del comunismo.

Las declaraciones del Comité Central del Partido Comunista Ruso, sin embargo, no se han limitado a formular los dogmas de tipo práctico anteriores, sino que han invadido, y es aquí en donde nos parece más inaudita su actitud, el campo técnico y han procurado fijar normas para la composición que puede ser admitida en los

países soviéticos. En estos puntos volvemos a escuchar en forma casi textual las declaraciones de principios que los corifeos de Adolfo Hitler utilizaron para proscribir, negar y tratar de destruir el arte contemporáneo. Incluso en los postulados soviéticos, aparece la calificación de arte degenerado, el «entartete Kunst» de los nazis alemanes, símbolo para ellos del *bolchevismo* y del judaísmo...

Para los novísimos estetas de Moscú, la música rusa ha sido invadida por «distorsiones formalistas y tendencias antidemocráticas ajenas al pueblo soviético y a sus gustos artísticos, por la negación de los principios fundamentales de la música clásica, por la propaganda de la atonalidad, de la disonancia y de la desarmonía, que son presentadas como progreso y novedad en el desarrollo de las formas musicales; por la renunciación de tan importantes fundamentos de la creación musical como la melodía; por una verdadera pasión hacia turbias combinaciones neuropáticas, que transforman la música en una cacofonía y en un amontonamiento caótico de sonidos...» Quien lee las anteriores declaraciones no puede sino pensar que está frente al pensamiento de todo lo más retrógrado, que los extremos se tocan de una manera inverosímil. Quienes campean y luchan en el mundo por la extrema avanzada, por la revolución y por la reforma de nuestras costumbres y maneras de vivir, aparecen así hablando con la pasión reaccionaria y oscura de la crítica más atrasada y añeja de hace cincuenta años. Uno se explica así el incendio de la Biblioteca de Alejandría por las hordas fanáticas mahometanas y las peores condenaciones dogmáticas de Calvino sobre las formas del arte musical. La nueva barbarie ejemplifica y justifica todas las antiguas.

El Soviet habla del estado poco satisfactorio de la música rusa actual y señala las «corrompidas teorías» de los que creen poder apartarse de la comprensión del pueblo, basados en que éste no está a su altura y que las obras musicales avanzadas vendrán a ser comprendidas dentro de un siglo. El Comité Central recordó la condenación recaída en 1936 sobre la obra «Lady Macbeth de Mtsensk» de Schostakovich, a causa de su abandono «de las mejores tradiciones del clasicismo ruso y *occidental*» que el compositor había abandonado como cosa vieja y pasada de moda, «tratando despectivamente como epígonos y plagiarios a los compositores que conscientemente procuran dominar los métodos de la música clásica». Lo más grave es que, si hemos de creer las publicaciones hechas por la prensa el 16 de Febrero último, tanto Khachaturian como Prokofieff, a los pocos días de decretadas las censuras, habrían formu-

lado declaraciones de sumisión obediente a las nuevas teorías conservadoras del Soviet. A tanto puede llegar la coacción de un régimen implacable sobre el espíritu de los artistas.

Para los que creemos en los destinos del arte y los confrontamos con el acaecer histórico, esta posición ultrarreaccionaria del comunismo frente al arte no nos sorprende y no nos escandaliza en la forma como se han sentido burlados quienes en todo el mundo veían en el arte soviético la última palabra de la evolución y la expresión más auténtica del futuro, como también los que le negaban toda cualidad porque venía de las orillas del Neva. La música seguirá su curso a pesar de las condenaciones y de quienes pretendan esclavizarla en nombre de principios que no son los que con ella se relacionan.

Lo que parece difícil de imaginar es cómo un hombre como Prokofieff, sin duda el valor más sólido de la música rusa actual, habrá de resignarse a reformar su técnica y a remedar a los «clásicos del occidente» (que no sabemos por qué no simbolizan la burguesía de su tiempo, tal vez aceptable por las teorías totalitarias de José II o de la Santa Alianza) o a convertirse en un nuevo Rimsky-Korsakoff fabricado por receta y por mandato del Estado.

Todo este proceso tristísimo y vergonzoso para la cultura contemporánea comenzó en los regímenes del fascismo y del nazismo y ahora brota en Rusia con verdadera violencia, con la pasión fanática que el momento presente parece llevar como signo distintivo. Es una respuesta inesperada a los polemistas del año último; ella hará reflexionar a todos los que no han perdido por completo la capacidad de juicio y la independencia de sus ideas. Por nuestra parte, seguiremos creyendo en las grandes obras de Prokofieff que, por fortuna, circulan en un mundo que no ha de quemarlas por heréticas.

D. S. C.